

# Capítulo de la novela

## *La alegría y los días, en proceso*

**JOAQUÍN ARMANDO CHACÓN**

Cap. 11

Esa colina que fue de William Riker

■ Había tomado el bus rumbo a los colleges y me puse a mirar el paisaje, tratando de anticipar el sitio donde me tenía que bajar –le digo a Héctor Anaya después de nuestro partido de tenis y mientras bebemos jugo de naranja–, pero nada, no reconocí ningún lugar. Posiblemente el bus había tomado otra de las rutas y ya muy arriba de la colina me bajé, creo que allí era la última parada. Se me hizo fácil regresar caminando y me metí por un andador que finalmente terminaba en ningún lado, así que de ahí corté cuesta abajo por entre los árboles, inmensos, impresionantes, secoyas gigantes.

–Los mayores seres vivos del planeta.

Héctor se pasa los dedos por la cabellera canosa. Ha desaparecido su sonrisa y las bromas por haberme ganado los dos sets quedan atrás. Antes de comenzar el partido me había informado, con cierto malestar, que habían suspendido su programa de radio. "Qué cosas", dijo, realmente enojado, "están quitando de la programación todos los programas culturales auspiciados por el gobierno. No les interesa. Qué barbaridad".

–Sí, allá abundan esos hermosos árboles. Es un hermoso bosque en donde me encontraba, y allí estaba apenas en los límites de la universidad. Hasta tuve una especie de miedo recordando que Almut y Jordi me habían comentado de un puma rondando por esos sitios, así que dejé de mirar la impre-

sionante estatura de esos árboles y seguí cuesta abajo. En un momento, por lo tupido de las ramas, me encontré en un lugar oscuro y frío, desolado, escuchando tan sólo el sonido del viento. Y pensé que me encontraba en donde estuvo lo que William Riker llamó su ciudad sagrada. Si, por allí debe haber sido establecida esa comunidad.

En los principios del siglo veinte, por mil novecientos dieciocho, otro de esos seres locos que abundaron por el norte de California en esa época, uno llamado William Riker, apocalíptico y racista, fundó su ciudad sagrada en las colinas de lo que pronto sería el poblado de Santa Cruz. Era una comunidad religiosa en la cual todos sus miembros estaban obligados al celibato total. A eso Riker lo llamó "el cuartel general del perfecto gobierno mundial". En ese lugar no se podía comer ninguna especie de carne, ni beber nada de licor. Los hombres, las mujeres y los niños vestían siempre de negro. Los podemos imaginar largiruchos y secos, de pómulos salientes y ojos redondos, y a un William Riker levantando continuamente la voz para amenazar con las llamas del infierno a quien no obedeciera las órdenes de sus palabras y cayera en la tentación. El licor, los vicios, la sexualidad y la cercanía con otras razas impuras, distintas al color blancuzco de sus pieles, eran la perdición de la humanidad, los tiempos finales para los hombres y las mujeres.

William Riker, quizás, había sido despertado unos años antes a las cinco de la mañana cuando la tierra bailó sobre San Francisco al son de los ocho punto veinticinco grados de la escala de Richter y fue testigo del posterior incendio de tres días que devastó el centro de la ciudad. En esos tremendos días William Riker se imaginó que la ira de Dios señalaba

con su dedo de destrucción a esa ciudad fundada por William Richardson con el nombre de Yerba Buena y donde se habían asentado en sus alrededores pescadores, comerciantes y mineros de varias nacionalidades.

–El viento continuaba silbando entre las ramas y el silencio, mi estimado Héctor. Así que me puse a pensar en que allí, en ese espacio acolchonado de pasto y hojas, frente a estos majestuosos árboles, precisamente en el sitio donde yo estaba, Jack y Carolyn se habían revolcado muchos años antes.

¿Quiénes?

Kerouac, Jack Kerouac, el beat, y Carolyn Cassady. Pues allí estuvieron ellos una vez, en las colinas de Santa Cruz. Kerouac estaba deprimido, ya que poco antes en alguna de sus locas borracheras había perdido un manuscrito que se llamaba *The Scripture of the Golden Eternity*, el cual nunca se recuperó, y por ello y por tantas cosas se sentía desamparado. El loco de Kerouac. Días antes él y otro de los poetas beat, Gregory Corso vieron con entusiasmo alguna de las primeras apariciones por televisión de Elvis Presley, quizás aquélla donde las cámaras sólo lo tomaron de la cintura para arriba para no mostrar esos movimientos que escandalizaban al puritanismo de la sociedad. Quién sabe si Jack tuvo conocimiento de que ese lugar fuera la colina de William Riker y decidió también transgredir esa idea absurda en contra de la naturaleza humana, pero de todos modos allí la bella Carolyn y él follaron sobre la tierra y bajo el cielo y entre la neblina, en la naturaleza.

Follaron. Mira nada más. Qué palabras utilizas.

Después seguí avanzando, bajando la colina, pensando en que viejas comunidades desaparecían y nuevas comunidades surgían en esas tierras, se transformaban sólo para volver a ser iguales a lo que habían olvidado.

–¿Y qué pasó con William Riker y su comunidad? –Héctor se sonríe y resalta su cicatriz arriba de la boca y los ojos, pequeños y achinados detrás de los anteojos, anuncian cierta malicia.

–En total abstinencia y sólo con penitencias y rezos sus integrantes no podían crecer en número, estaban condenados a la extinción.

–Así fue, supongo, no les quedó de otra.

–No conozco más datos. La comunidad de Riker se fue perdiendo en el olvido del tiempo.

Y mientras seguía caminando para encontrar alguna de las construcciones de la universidad, algo para orientarme, imaginé las figuras, oscuras y fantasmales, de una mujer, seca y enlutada, y un adolescente de dieciocho años que una mañana neblinosa comenzaron a bajar esa misma colina, una maleta desvencijada y un atajo de ropa entre las manos: eran los últimos integrantes que abandonaban el cuartel general del perfecto gobierno mundial. A nuestras espaldas, William Riker, amarillento y flaco, un pantalón y un saco negros que ahora le quedaban grandes, con las mandíbulas apretadas y los ojos enrojecidos nos miraba partir.

–¿Y después el gobierno destruyó los restos de esa comunidad y encima de sus ruinas construyó la universidad?

Allí los árboles seguían de pie. Por el suelo brotaban unas bellas flores blancas y amarillas. Tal vez las famosas amapolas de California que tienen una prolongada floración, desde el inicio de la primavera al final del otoño. Hay quien les ha dado a su nombre el significado de "estaré siempre contigo" y pertenecen a las escallonias. Si en verdad eran estas flores, ellas tienen una excepcional resistencia a la cercanía del mar y pueden incluso sobrevivir en terrenos ricos en sustancias salinosas.

–Las dos sombras allá abajo entraron a un claro en el bosque y se convirtieron en una pareja corredora entre la maleza. Yo con suéter y chamarra y todavía con frío y esa chica y ese chico en pantaloncillos deportivos y camiseta corriendo animadamente. Seguí bajando y finalmente llegué a otro de los caminos y donde unos estudiantes esperaban el bus que los llevaría hacia abajo de la colina. Me detuve junto a ellos y me puse a esperar también. Allí estaba cuando Rafael López detuvo su auto a un lado.

"¿Paseando, profesor?", me preguntó.

"Sí, así es, dando una vuelta, caminando un poco".

"Se le va a hacer tarde para su clase, mejor lo llevo", me dijo Rafael López.

–Y me fui a dar mi clase.

–¿Y otra vez tuviste una exhibición de las tres Lolitas?

Así fue. Le expliqué a Héctor con todos los detalles las dos coreografías que Suzy, Dolly y Jackie me tenían preparadas para esa tarde. Acciones en total silencio pero notoriamente distractoras, aunque los demás alumnos ni siquiera pestañeaban, como si eso no ocurriera.

–¿Y tú?

–Imperturbable, sin mostrar pizca de asombro.

Hemos terminado de beber nuestros jugos de naranja, de retomar fuerzas y mientras yo busco algo en mi maleta deportiva, Héctor me dice que estoy mejorando un poco mi juego.

–Aunque no lo creas, ya tomas mejor la raqueta, intentas adivinar hacia dónde va el siguiente tiro y tu revés ha mejorado muchísimo de cuando comenzamos a jugar. Espero que no abandones –me dice.

–Espero no abandonarlo –le digo–, hasta he estado mirando por televisión los partidos de Martina Hingis.

Héctor mueve negativamente la cabeza, pero le asalta una idea y me la lanza:

–El gobierno también suspendió el programa de música clásica, el de la XELA, ¿supiste, no? Lo bueno es que han existido manifestaciones por eso, faltaba más. ¿Qué se ha creído este gobierno? Sólo le interesan sus anuncios publicitarios, proyectar sus figuras, darle atole con el dedo al pueblo. Ni modo, es tan malo el pinto como el colorado. Se habló mucho del cambio, pero la población nunca supo que era para irse un poco más hacia la barbarie.

Nos levantamos y buscamos la salida de las instalaciones deportivas y en la puerta de entrada debemos mover con la puerta al viejo perro que siempre hace su siesta en ese lugar.

–¿Y qué más? –pregunta Héctor cuando llegamos adonde hemos estacionado nuestros autotóviles.

Al terminar esa vez mi clase me quedé juntando mis notas y libros y miré salir a los estudiantes. Fíjate, Héctor, durante todo el curso nunca los vi hacer grupos, comportarse como amigos o compañeros. Cuando por alguna razón llegué a coincidir con algunos de ellos fuera de clase, en los corredores de la universidad, siempre estaban solos, en sus mundos individuales. Ni siquiera a las tres Lolitas las encontré juntas una vez que salían del curso, cada una de ellas por su lado. Quizás por eso me extrañaba ver a Charlie, pequeño, tímido, anteojado, actitud de ratón de biblioteca (trabajaba además en la librería), siempre detrás de Robin, una de las chicas que excedía el nivel de la belleza común. Siempre Charlie detrás de ella y ella siempre mirándolo como desde arriba, con un semblante despectivo, pero bueno, al menos a ellos los veía juntos, conversando. El pequeño Charlie, así le

decía en mis pensamientos, pero en voz alta siempre me refería a él por su apellido, Wartters, casi como el de ese guitarrista y cantante estupendo de blues. Un chico ex-traño el pequeño Charlie, quizás porque era el único adolescente digamos sano, persiguiendo incansablemente a la guapa Robin, sin importarle los desprecios y rechazos, el único a quien descubría mirando subrepticamente a las chicas bonitas del curso o a las que pasaban por la librería. Las miraba con apetito adolescente, les entablaba conversación (siempre que no estuviera Robin presente, o que ella no se diera cuenta, pues frente a Robin el pequeño Charlie era por entero su perfecto enamorado), después te contaré algunas cosas más del pequeño Charlie.

–Ya afuera del edificio y después de encender el ansiado cigarrillo vi a Olajide alejarse por uno de los senderos y yo tomé por el sendero que me llevaba a la terminal de camiones. Era una buena caminata entre los árboles, donde a veces me encontraba con alguna familia de venados. Y me puse a esperar mi autobús. Allí me alcanzó otra de las chicas de mi curso, Kelly (después pensaba en ella como Kelly la interesante por un trabajo en esa factura sobre La ciudad y los perros, la novela de Vargas Llosa).

"No se preocupe, profesor", me dijo Kelly, "ellas son así, provocativas, pero muy infantiles, es su juego. Ya todos las conocemos. ¿Le molestan?"

Le respondí la verdad, que realmente no, y le aseguré que en realidad me divertían, sobre todo pensando en el tiempo que debían tomarse antes para sus coreografías.

"Son buenas chicas", insistió Kelly, y comenzó a alejarse hacia donde varias veces después la miré haciendo autostop para conseguir que alguien la llevara hasta el downtown. "Hace usted bien en no prestarles atención, es lo mejor".

–Allá, en el otro lado del estacionamiento, algunas alumnas subían por la escalera del edificio de la librería y recordé aquel haiku de Kerouac: Chicas preciosas corren / y suben los escalones de la biblioteca / con sus shorts puestos. Y entre ellas descubrí a esa chica que en mi clase siempre se me escondía atrás de alguien. ¿Cómo se llamaba? No puedo recordar su nombre, nunca pude entenderlo. Vestía esa tarde una falda negra, ajustada, y una blusa blanca, ligera. La mire subir a lo largo de toda la escalera y antes de desaparecer de mi vista,

ella se giró, levantó una mano, como saludando hacia donde yo me encontraba. Miré a mi alrededor, pero nadie contestaba. Y cuando volví a mirar hacia ella sólo quedaba una mano en alto, saludando. Y desapareció.

—¿Cómo está eso de que nunca supiste su nombre, no estaba en la lista?

En ese momento llegó mi autobús y me subí antes de que llegara hasta mí algún estudiante para que le firmara algún manifiesto. Apenas tenía allí semana y media y ya había apoyado varias cartas de solidaridad, entre ellas una a favor de ciertos estudiantes filipinos, otra para la celebración de un festejo siux por la primavera, también para conseguir luz artificial hasta tarde en los campos deportivos y una más para que les permitieran a los estudiantes tomar el sol en los jardines en traje de baño.

—Aquí, si todos firmáramos un manifiesto para que volvieran a poner en funcionamiento esa estación de radio, ¿tú crees que el gobierno le haría caso? ¿O a un millón de firmas para que me regresaran mi programa de radio?

El chofer era una mujer de color, realmente muy desarrollada, pero realmente muy gruesa y muy grande. Fíjate, a su asiento le tuvieron que agregar uno más, soldándolo, de manera que ella se pudiera sentar y conducir.

—Es el país de la comida chatarra.

Tenía un rostro de lo más agradable, y además estaba escuchando un cassette de Patsy Cline. Pero lo interesante es que enfrente de mí se sentaron dos mujeres, entre los veinticuatro y los veintiocho años. La mayor de ellas, de cabello castaño, pantalones anchos de pana y zapatos con cinta, resistentes, le hablaba en voz baja a la otra, acercándole mucho el rostro, y la más joven, rubia, tobillos delgados, falda de color crema, zapatos de tacón bajo, nada más miraba pensativa hacia el piso y de vez en cuando negaba con la cabeza, aunque me pareció que sin mucha convicción.

Yo me puse a mirar el paisaje a los lados del Coolidge Drive (todavía intentaba ir memorizando nombres), campos verdes y vacas pastando, un paisaje que me trae recuerdos de la infancia.

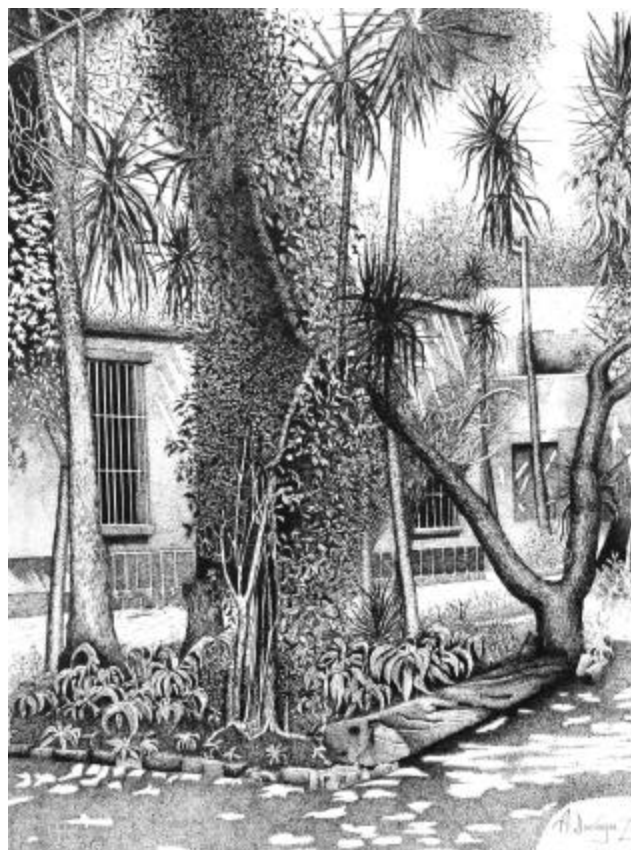
(En algún otro lado había visto a la chica rubia de falda color crema y tobillos delgados.)

No se escuchaban las palabras de lo que la otra mujer le decía, era apenas un murmullo, pero la intención estaba en el aire, se podía sentir y casi respirar.

—¿Así que de voyeurista de ligamientos lesbianos?

La voluminosa mujer de color que guiaba el autobús le subió el volumen a la música y Patsy Cline nos cubrió con su versión a Someday you'll want me to want you. Un poco más adelante el bus se detuvo frente a la entrada del East Remote Parkin Lot (para que los estudiantes tengan lugar para dejar sus autos y luego subir en alguno de los autobuses que recorren el campus), que existe a la mitad del camino, entre los colleges y la entrada a la universidad, y la joven rubia descendió. La otra chica cambió entonces de asiento, alejándose hacia el fondo y se puso a acompañar en voz baja la canción de Patsy Cline. En la siguiente parada era donde yo me bajaba. El trayecto total de mi viaje duraba menos de seis minutos.

—Caminé hacia mi casa pensando que me tocaba hacer de nuevo spaguetti, y quizás intentar avanzar un poco más el escritorio rumbo a mi recámara. 🍷



Antonio Domínguez